Y ENTONCES DESPERTÉ

Malcolm Devlin

Traducción de Mª Pilar San Román



OBSCURA
editorial

Y entonces desperté

Título original: *And Then I Woke Up*
© 2022, Malcolm Devlin

© 2026, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2026, Mª Pilar San Román, por la traducción
© 2022, Samuel Araya, por el diseño de la cubierta
© 2026, Antonio Torrubia, por el prólogo

Primera edición: febrero de 2026

Composición de cubierta: Christine Foltzer y Abril Morales i Puig
Corrección: Aitziber Saldias
Maquetación: Abril Morales i Puig
La ilustración de los cuchillos es un recurso gratuito de Freepik.

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de copyright, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org).

Printed in Poland - Impreso en Polonia

ISBN: 979-13-990471-5-8
Depósito legal: B 22235-2025

Impreso en BooksFactory Sp. z o.o.
ul. Cukrowa 22
71-004 Szczecin
Poland



Para Helen

Barcelona, 24 de noviembre de 2025:

ODIO LOS PRÓLOGOS

A ver, no odio leerlos, casi nunca, sólo cuando el prologuista te explica cosas que no te interesan para contextualizar la obra tratándote como si fueses lerdo, o cuando te destripa el argumento (vamos, que te hace *spoilers* de toda la trama y hasta del final). Pero no es este el momento ni el lugar donde contaros mis manías lectoras.

Odio escribir prólogos.

No, tampoco, me gusta bastante, sí, como es en el caso de este libro, pues he disfrutado de su lectura.

Lo que odio es pensar cómo empezar a hablaros de una obra y no ser capaz de afrontarlo por su rareza, por no saber plasmar todo lo que pasa por mi cabeza sobre ella o cómo encararlo... Entre el momento en que acabé de leer *Y entonces desperté*, traducida de manera magistral por Mª Pilar San Román, y el momento de ponerme a escribir el prólogo han pasado dos meses y un montón de cosas, pero igual mejor empiezo por contaros cómo hemos llegado hasta aquí.

La editora de Obscura, Aitziber, me escribió hace seis meses para comentarme que Job estaba a puntito de cerrar el trato para una novela corta de zombis, aunque no era de zombis, y quería que le escribiera el prólogo: *And Then I Woke Up*, de Malcolm Devlin.

En el inicio de la fiebre del género Z en literatura, leí *Guerra Mundial Z* de Max Brooks, *Apocalipsis Z* de Manel Loureiro, *Los Caminantes* –que incluye uno de mis primeros cameos literarios– de Carlos Sisí, y decenas de obras más que explotaban este subgénero del terror. Por destacar un par de libros de los inicios del *boom* de los redivivos en el mercado español, aparte de las ya mencionadas, os diría que *Y pese a todo* de Juan de Dios Garduño –con adaptación internacional a la gran pantalla– y la antología de Valdemar Gótica: *La plaga de los zombis y otras historias de muertos vivientes* –con relatos de Lovecraft, Lafcadio Hearn o Clark Ashton Smith– se cuentan entre mis favoritas. En unos años acabé bastante aburrido de novelas de zombis y sólo caían en mi pila algunas que huían de los clichés del género, como la también adaptada al cine *The Girl with All the Gifts* de Mike Carey –sí, en la portada de la edición en castellano, que está descatalogada, tuvieron a bien titularla *Melanie, una novela de zombis*, mostrando el secreto del misterioso título original–, *Vida y milagros de Stony Mayhall* de Daryl Gregory, y *La brigada de la muerte* de Joseph D'Lacey. En películas y series de televisión hay una gran presencia de muertos vivientes en los que vemos acción, humor, drama, terror y a veces, si lo hacen bien, todo al mismo tiempo.

Aitz me comentó que aquello que le gusta de la novela de Devlin es que probablemente se trate de uno de los narradores menos fiables que han caído en nuestras manos en mucho tiempo y, copio literalmente lo que me contestó al preguntarle por el libro: «Muchas de las cosas que cuenta, ¡ni siquiera es culpa suya! El tono del protagonista, este hombre que estuvo infectado y ahora está curado, pero a la vez está dispuesto a ponerse en peligro otra vez por ayudar a alguien a quien apenas conoce… me encantó. Es lo que tú decías, empieza como *Estamos todos de puta madre*, pero poco a poco vas viendo las capas que hay por debajo y como lector te vas adentrando en el propio relato del que se habla en la novela, porque vas creyendo lo que ocurre, vas sintiendo la misma sensación de estar perdido que los personajes en su momento. Y tienes

un nudo en el estómago porque sabes la gravedad de todo lo que narran. La desinformación, el boca a boca entre los infectados… es tan real que da miedo y parece que el formato de "así es como sucedió" te hace enfrentarte a cada versión con intriga.»

Marcheto, del blog *Cuentos para Algernon*, que se dedica desde hace más de una década a traducir relatos y compilarlos anualmente en antologías que no dejan de acumular premios, tradujo uno de los relatos del autor en 2022, de título *Marzo, Abril, mayo,* y comentaba de *Y entonces desperté*: «No soy demasiado aficionada al subgénero zombi, pero Malcolm Devlin me parece un autor francamente interesante, de ahí que decidiera darle una oportunidad a leer esa novela corta, su obra más extensa hasta el momento. Y me alegro un montón, porque Malcolm da un original giro al género que me ha sorprendido y encantado. Como creo que se trata de uno de esos casos en los que cuanto menos se sepa del argumento mucho mejor, tan solo diré que, incluso aunque, al igual que me pasa a mí, ahora mismo no os apetezca demasiado leer historias de apocalipsis, epidemias y muertos vivientes, este libro acaba siendo algo muy distinto a todo eso, ofrece diversas lecturas e interpretaciones, y una interesante premisa que no podría estar más de actualidad. Y es apto incluso para estómagos sensibles. (...) Malcolm Devlin es el pseudónimo que el diseñador gráfico y escritor Vince Haig utiliza para firmar sus obras literarias. Malcolm, que aunque es inglés en la actualidad reside en Australia, empezó a publicar relatos en 2014, y desde entonces ya se han podido leer un par de docenas de cuentos suyos en diversas antologías y revistas —recopilados en su mayoría en dos colecciones: *You Will Grow Into Them* y *Unexpected Places to Fall From, Unexpected Places to Land*—, además de un par de novelas cortas, la última de las cuales, *And Then I Woke Up*, os recomendaba recientemente (...) El cuento *March, April, May* es su primera obra traducida al español, y me gustaría señalar que tal vez este relato no sea demasiado representativo de su obra, ya

que aquí nos encontramos ante una historia de ciencia ficción pura y, aunque no sea la única que ha escrito, la mayor parte de sus cuentos son más oscuros y extraños, y encuadrables a la perfección en la categoría de literatura *weird*.»

Por último, al enterarme de quién se había encargado de la traducción y conocer a Mª Pilar San Román por sus trabajos en *Agentes de Dreamland* de Caitlín R. Kiernan, algunas de las recopilaciones de Ken Liu, El demonio de Próspero de K. J. Parker, o *La saga de los niños descarriados* de Seanan McGuire, sabía que el autor había tenido una suerte inmensa cayendo en el mercado español con una traducción, corrección y edición tan cuidada y 100% hecha por humanos... Algo obscuros, pero humanos >:)

Antonio Torrubia,
Librería Gigamesh

Siempre que cuento lo que pasó, digo que fue una historia de amor. Lo mantengo, aunque sé que cuando termine tal vez no estéis de acuerdo.

Se trata de una de las lecciones que Macey me enseñó. Macey era mi creyente. Esta es su fotografía, id pasándola. ¿Veis esa expresión escéptica con la que mira a la cámara? Pues es la misma con la que siempre me miraba a mí. Una vez me dijo que cuando anuncias que vas a contar una historia de miedo, la gente se yergue en la silla a la defensiva, esperando ver cómo te estrellas. Cuando les dices que es una historia de amor, se relajan, se abren de par en par. Macey escribía cuentos de miedo que hacía pasar por historias de amor. Sentía cierto placer al ver a sus lectores desconcertados.

Cuando digo que esta es una historia de amor, me refiero a que es una historia sobre alguien que creyó en algo imposible, bello y peligroso con tanta firmeza y lealtad que le siguió el hilo hasta el mismísimo final, a pesar de todas las zancadillas que el mundo le fue poniendo.

Se mire como se mire, a mí eso me suena a historia de amor.

1

Nadie quería la habitación contigua a la de Leila, y no porque cuando llegaba el toque de queda resultase ser una gritona. Era porque no se la oía ni respirar.

Cuando llevéis en Ironside tanto tiempo como llevamos la mayoría, sabréis que los silenciosos son los peores. Es porque son distintos de verdad. Y aunque el mantra del doctor Awad y demás médicos de Ironside asegure que hay que celebrar lo que tenemos en común, son esas diferencias —incluso las insignificantes y triviales— las que más miedo nos dan.

La verdad es que aquí todo el mundo padece terrores nocturnos. Aunque el doctor Awad lo niegue, yo estoy convencido de que forman parte de la cura, del proceso de recuperación. Que levante la mano quien duerma como un tronco todas las noches. ¿Lo veis? Yo tampoco. Y no me extraña. Con la noche llega la oscuridad, y con la oscuridad la introspección, que saca a la luz todo tipo de monstruos y, joder, hay que ver lo ocupados que esos capullos nos mantienen hasta el amanecer.

Cuando estuve aquí la otra vez, siempre pensaba que algunos pacientes te podían servir para poner el reloj en hora. Ahora que he vuelto, tengo claro que no ha cambiado gran cosa.

Vasquez… ¿dónde andas? Ahí. Mi amigo Vasquez sigue en la habitación 23 y sigue despertándose puntualmente a las cuatro todas las madrugadas. ¡Que sí! Yo diría que durante el día es el que más en sus cabales está de todos nosotros, pero durante la noche… Bueno, no es tanto que grite, sino que jadea y resopla como si algo pesado le hubiese golpeado el pecho y

dejado sin aliento. No te estoy criticando, tío, es un mero comentario.

¿A quién más tenemos? Schonnel gimotea, Guardia chilla, Sizemore es incapaz de quedarse quieto. En este centro, las paredes son meras placas de aglomerado de unos pocos milímetros, que dividen lo que en tiempos fue el gimnasio escolar en una cuadrícula de celdas pequeñas y estrechas. En el pasillo que da al este hay media docena de habitaciones que se llenan de alaridos, gritos y chillidos. El doctor Awad dijo que vivir aquí es como vivir junto a una catarata. Al principio te parece que te va a resultar imposible hacer caso omiso del ruido, pero, cuanto más tiempo llevas en Ironside, menos te fijas en él y más lo percibes como algo inherente al lugar. Una vez te has acostumbrado, su ausencia te descoloca por completo.

Leila no rechistaba una vez oscurecía.

«Tengo una hija —me contó Sizemore—. Durante sus primeros meses, me pasaba las noches velando su sueño. Los bebés a veces son silenciosos. A veces son pero que muy silenciosos. A veces tienes que mirarlos bien para convencerte de que siguen respirando. Y esas noches, yo no podía respirar hasta que ella no respirara primero.

»Cuando estoy en la habitación junto a la de esa mujer… Joder, aguanto la respiración hasta que no puedo más. Me niego a pasar por eso de nuevo».

De manera que así fue como acabé en la habitación contigua a la de Leila, y juro que parecía que ella tomaba aire cuando se apagaban las luces y no lo soltaba hasta el alba. En su silencio había algo extraño e inquietante, pero a mí no me molestaba como sí les molestaba a Sizemore y a todos los demás. Me resultaba atrayente. Como una mancha de oscuridad que vislumbras por una ventana abierta y de la que no puedes apartar la mirada porque crees que *algo* podría aparecer allí.

Para entonces, yo llevaba en Ironside casi dos años. Leila, unos seis meses. Era pequeña y nervuda, enjuta y ágil, un afilado manojo

de nervios, como la mayoría de los curados recientes. Cuando entraba en una habitación cojeando sobre su pierna mala, todo el mundo se fijaba en ella. Su persona brillaba como una bombilla. Cuando nos volvíamos la veíamos vacilar en la puerta, sopesar por dónde podía escapar si le tocaba salir por patas.

Leila se había pasado varios meses en aislamiento antes de que le autorizasen el acceso a todo el recinto como a los demás. Alrededor de un mes más que la mayoría. Para casos especiales como el suyo, la suave escalada de la supervisión individualizada al «todos juntos en el mismo barco» se realizó de manera más pausada, con más cuidado.

Sabíamos que su camino hasta aquí había sido duro. Aún seguía incluida en la lista de internos a los que el personal no debía perder de vista; la luz roja de la cámara de seguridad instalada en la esquina de su habitación jamás se apagaba. Le habían entregado zapatos sin cordones y pastillas de la felicidad; ni hablar de cinturones ni tirantes. La trataban como si pudiera romperse en cualquier instante.

Su silencio se extendía a las sesiones grupales. Se mantenía atenta y notábamos que nos escuchaba explicar nuestras historias de miedo. Saltaba a la vista que había abierto los ojos a la realidad, pero aún no del todo. Esa inevitable aceptación que te sacudía por completo todavía estaba por llegar.

Todo esto era de lo más normal, nos recordaba el doctor Awad con su paciencia de costumbre. Los nuevos necesitaban tiempo para aclimatarse a cómo se había reconfigurado el mundo a su alrededor.

«Es como si ella hubiese despertado —continuaba el doctor—. Ese sueño que era su vida ha terminado de sopetón. Tenemos que demostrarle que esto es algo bueno de verdad, el mejor final posible. Tenemos que demostrarle que este… este es el mundo donde merece la pena vivir, independientemente de lo que pueda haber pasado. Independientemente de aquello de lo que pueda ser responsable».

Lo que se busca con las sesiones grupales es justo eso: proporcionar ese tipo de apoyo. Todos tenemos historias, y nos sentamos bien tiesos en nuestra silla cuando le toca a otro relatar las suyas. Todos hemos cometido actos terribles, de lo más terribles. Fuimos monstruos y, aunque ya no lo seamos, sabemos que fuera de este grupo nadie nos ha perdonado.

Fuese lo que fuese eso por lo que Leila estaba pasando, la suya no era más que una de una multitud de historias similares, y necesitábamos demostrarle que todos habíamos pasado por ese mismo brete. Incluso aunque aún no la había compartido con nosotros, nos hacíamos una idea bastante aproximada del tipo de historia de que se trataba.

Lo bueno de las nuevas incorporaciones al grupo era que nos proporcionaban al resto otra oportunidad de narrar de nuevo nuestra propia historia. Estábamos ávidos de oyentes vírgenes, porque, cuanto más la relatas, más sentido cobra para ti y, como al doctor Awad le encanta señalar, mejor funciona la cura: «Seguid contándoos a vosotros mismos lo que sucedió hasta que os lo creáis».

No se equivoca. Para nada.

Así que nos turnamos para confesarnos ante la recién llegada. Lloramos delante de ella y aceptamos los abrazos de los demás para que viese cómo —aquí, en este centro— a ninguno se nos juzgaba por las atrocidades que habíamos cometido cuando no éramos nosotros mismos.

¿No es hermoso que las historias pueden conseguir ese efecto? Su manera sutil de ayudar al narrador, su manera subversiva de llegar al oyente, y su manera de introducirse con sigilo en nosotros cual ensueños de vigilia.

«Una vez has superado el relato, es importante empezar a confiar de nuevo en las historias», dice el doctor Awad.

Leila se sentaba en silencio en su silla, igual que vosotros ahora mismo, pero no paraba de cruzar y descruzar las manos en el regazo mientras escuchaba, paciente como el santo Job, aguantándonos a todos.

—¿Leila? —Con solo su tono, el doctor Awad transmitía una pregunta amable y tanteadora. Leila movía la cabeza negativamente, una respuesta breve, rápida y silenciosa. Y él añadía—: Hoy no, entonces. Así pues, ya hemos acabado.

Leila comía sola. Llevaba su bandeja al extremo de la mesa más cercana al ventanal que daba a lo que antaño había sido el patio de la escuela. A lo largo de la carretera habían levantado una valla alta, así que tampoco es que hubiese grandes vistas, pero ella miraba hacia el exterior, donde los penachos coloridos de las cercanas jacarandas y árboles de caucho se alzaban por encima de la valla.

Los demás nos preguntábamos qué estaba buscando.

—Está buscando una ruta de escape —dijo Sizemore—. Es como si siguiera infectada. Es un animal enjaulado que busca una salida.

—Tan solo contempla el cielo —replicó Guardia—. Cuando estás infectado, nunca ves su verdadero aspecto. Lo hermosas que pueden ser las nubes.

—Está mirando la cancha de baloncesto —aseguró Linden—. Se pregunta dónde se han llevado a todos los niños. Se siente triste por ellos.

Tras un mes de compartir vida con su fantasma, una noche esperé hasta que Leila ocupó su sitio a la hora de la cena, y entonces me acerqué a ella. Me senté enfrente, un par de sillas a un lado. La vi ponerse en tensión, sus nudillos palidecieron alrededor de los cubiertos de plástico.

«Escucha —dije en voz baja—. Si quieres, me piro. No tienes más que pedírmelo. También puedes hacerme una peineta, fulminarme con la mirada o lo que sea que te haga sentir cómoda. No voy a abrir la boca ni a hacer nada, salvo hacerte compañía. ¡Y ojo!, solo si aceptas».

Ella no abrió la boca, ni siquiera me miró, de modo que me quedé.

Fue una jugada sucia, colarme a la fuerza en su espacio personal hasta que se acostumbró a mí. Linden había actuado igual

cuando yo llegué aquí por primera vez y, aunque el camino se me hizo eterno, acabamos por llevarnos bien. La verdad es que vi a Leila sola y quise echarle un cable.

Llevó un tiempo, pero todos los indicios apuntaban a que estaba empezando a ganarme a Leila. Cuando me sentaba con ella a las horas de las comidas me dirigía una sonrisa tímida, y un saludo con la cabeza cuando nos cruzábamos en el pasillo o camino de los lavabos. Para entonces ya éramos vecinos. Confiaba en que hubiese interpretado mi intercambio de habitaciones con Sizemore como un gesto de amabilidad más que de oportunismo.

La primera vez que la oí hablar fue casi un mes después de que empezase a sentarme a su mesa en el comedor. Yo estaba en la sala comunal —que era el recinto donde, cuando esto era una escuela, se realizaban las asambleas escolares—, sentado en la franja de luz grisácea que se filtraba por las altas ventanas de cristal esmerilado. Andaba un poco decaído. Había estado pensando en Macey, y eso siempre hacía que se me cayera el alma a los pies. Conque ahí estaba yo, hojeando el puñado de fotografías que llevo en el bolsillo, y entonces Leila se me acercó.

—¿Familia? —preguntó. Tenía la voz suave, pero su acento la hacía sonar cortante.

Negué con la cabeza y las guardé. Me debatí en la duda. Deseaba tener algo de lo que charlar con ella, pero no me sentía preparado del todo para hablar justamente de ellos. No lejos de la seguridad del grupo.

—No.

—¿Tu… gente, entonces? —El término no se adecuaba del todo y ambos lo sabíamos.

A pesar de lo cual asentí.

—¿Tú despachaste a alguien? —pregunté, y no me di cuenta de lo atrevido que había sonado hasta después de haberlo soltado en voz alta. Pero, dicho sea en su honor, no se ofendió, tan solo me dedicó un levísimo cabeceo negativo.

—La línea de actuación de los médicos no va por ahí —dijo. No insistí más. Ella miró por la ventana y suspiró profundamente—. Odio la lluvia.

Era un día nublado y bochornoso, lo que apuntaba a que había una tormenta en ciernes, aunque, de momento, la amenaza de la lluvia solo se percibía en la pesadez del ambiente. Solté alguna tontería sobre que a la hierba parecía gustarle, que se la veía más verde de lo habitual en esa época del año.

La mirada que me lanzó Leila me sorprendió. Yo solo había conocido su faceta callada y retraída, pero, por lo visto, la mansedumbre era una simple máscara. Ahora tenía las cejas enarcadas y una expresión sardónica, abiertamente divertida.

—Ya sé que aquí nos sermonean con que hay que tratar de ver todos los ángulos —dijo—, pero criticarme por odiar la lluvia es un poco excesivo, ¿no crees?

Me sonrojé y reculé:

—Es que llevo aquí una buena temporada.

Aunque su sonrisa fue leve, fue una sonrisa.

—¿Cuánto es una buena temporada? —Se lo dije y lanzó un silbido—. ¿Tienes la esperanza de que te den trabajo si te quedas?, ¿como conserje, tal vez?

Me reí, y mi reacción pareció afectarla. La máscara regresó de nuevo a su lugar, y ella volvió a bajar la mirada, con las mejillas ruborizadas, como avergonzada de haberse descubierto.

Cuando habló de nuevo, lo hizo con un tono más delicado, un tanto forzado.

—No tienes donde ir, ¿eh?

Negué con la cabeza, con la verdad de sus palabras pasando como la sombra de una nube tormentosa.

Macey me dijo una vez que el problema con la verdad era que estaba muy mal escrita. Cuando se puede elegir, una mentira contada de manera que resulte agradable siempre se nos antoja más seductora. Por eso la religión es tan poderosa, me explicó. Por eso la historia y la ciencia se siguen cuestionando. Los mitos resultan

más atrayentes que la verdad verificada porque las zonas grises entre los hechos aún pueden ser utilizadas en contra nuestra.

—Spence… —dijo Leila. Creo que nunca antes había utilizado mi nombre, y no era la primera persona a la que le tocaba recurrir a él para aguijonearme de vuelta al presente.

—Lo siento. No tengo dónde ir. ¿Y tú?

Ni siquiera parpadeó sorprendida.

—Ya veremos —respondió.

Menos de un mes después, me dijo que se marchaba, y se veía a la legua que se trataba de una decisión tomada bastante tiempo atrás. Tan solo había estado esperando una oportunidad que pudiese utilizar para convencerse de que el momento había llegado.

§

El día que Leila me dijo que quería escapar, en la televisión de la sala comunal estaban poniendo un magacín. Habían quitado el sonido, como de costumbre, y la supervisora de día patrullaba por la estancia armada con el mando a distancia para poder cambiar a los dibujos animados en cuanto empezase un noticiario.

Hoy en día, se controla con gran cuidado lo que se emite por los medios. Las noticias se suavizan y se elimina toda opinión; el dramatismo se templa para que resulte apacible y llevadero; el listón se ha bajado y todo lo que programan se calibra a fin de que resulte mucho menos intenso. No se trata de «censura», nos aseguran, tan solo de una variante de moderación, «por nuestro propio bien». Nada que genere divisiones, nada que irrite a la gente, nada que la asuste. En Ironside, lo que se nos ofrece es incluso menos. Una sombra de una sombra de los medios que conocimos en el pasado. Vemos consejos para ir a la moda y vídeos sobre decoración; vemos programas infantiles; vemos canales de teletienda con sus anuncios interminables de Tupperware y joyas de pedrería de imitación.

Resulta cómico, ¿verdad? Uno se dice a sí mismo que, cuando el mundo se acabe, todas estas tonterías pasarán a mejor vida. Será

como una purga de lo banal, y lo primero que se irá desagüe abajo serán todas las trivialidades del mundo. Pero no, la misma mierda de siempre sigue flotando en la superficie sin necesidad de nuestra presencia como testigos. Ayer, el plato fuerte de mí día fue un programa donde un grupo de niños competían para ver quién preparaba la mejor hamburguesa con queso; esta mañana había un videoclip sin sonido de un cantautor con el ceño fruncido.

Todo la mar de *seguro* y *tranquilizador*. Nadie va a enloquecer y liarse a tiros en una sala abarrotada por culpa de una demostración de ganchillo.

Al menos eso creo yo.

A lo mejor os parecería más lógico no tener un aparato de televisión en una sala llena de gente que ya se tragó una vez la engañifa del relato. Mis propias sospechas apuntan a que la televisión no está ahí para que nos entretengamos, sino que se trata de otra herramienta que Ironside utiliza para comprobar que estamos curados.

Pensadlo. Una vez el relato ha echado raíces, se manifiesta una pérdida de profundidad de campo; una tendencia a percibir solamente lo que se considera verdadero a expensas de todo lo demás. Si cualquiera de nosotros mira la televisión y ve la pantalla en blanco, con solo estática o rayas distorsionadas, o con una masa de imágenes que su cerebro se niega a procesar… Bien, los vigilantes del centro han sido entrenados para detectar esa clase de «no ver». Se requiere una habilidad especial para descubrir a quienes no perciben como es debido, y os podéis imaginar lo que sucede a continuación. Los encargados más corpulentos —Danvers, tal vez, o Thorn— entran a toda prisa, hombro con hombro, por esas chirriantes puertas dobles, y en un visto y no visto se llevan al pobre desgraciado a las salas de observación del ala sur.

Aunque cada dos por tres nos aseguran que las recaídas son algo excepcional, sería absurdo afirmar que no se producen. La infección nunca llega a desaparecer del todo. Deja de ser transmisible, pero,

en el mejor de los casos, permanece en estado latente. Se esquiva, se comprende.

A lo mejor habéis oído hablar de Rennet. Un tío grandote, barbirrojo. Había trabajado en una granja avícola y, cuando creía que nadie lo miraba, no dejaba de abrir y cerrar los puños. Leila también movía las manos durante las sesiones grupales, pero de otra manera; ella parecía estar tratando de que la sangre fluyese o de encontrar algo a lo que agarrarse. Mientras que en el caso de Rennet daba la sensación de que aún continuaba estrangulando animales, día tras día.

Rennet llevaba varias semanas malas en las sesiones y, con el tiempo, te das cuenta de que las señales de peligro estaban siempre presentes; despreciar la historia de miedo de otra persona siempre constituía una bandera roja, al igual que refunfuñar como si nadie más oyese lo que estás diciendo. Todos sabíamos que los encargados lo habían vuelto a incluir en la lista de internos sometidos a una vigilancia más estrecha. Entonces, un día, en la sala comunal, se quedó mudo e inmóvil varias horas. Cuando por fin levantó la mirada, el brillo había vuelto a sus ojos.

Rennet empezó a chillar. Abrió los ojos tanto que distinguí la red de venas rojas desde el otro lado de la sala. En sus gritos había algo animalesco, semejante al graznar furioso de una jaula llena de pájaros dominados por un pánico ciego. Para cuando los encargados lo sujetaron, ya le había propinado un puñetazo a Vasquez en pleno rostro, que lo propulsó hasta espatarrarse contra la pared del lado contrario. Rennet había empezado a lanzar sillas contra las ventanas para tratar de romperlas y escapar. Aunque, ¡joder!, ¡deberíais haberlo visto! Los asientos rebotaban en el cristal y no lo dejaron fuera de combate de puro milagro. Hubiese sido divertido, de no ser por…

Bueno, por el escándalo que armó cuando se lo llevaron de la habitación. Jamás he oído sonar tan aterrorizado a nadie.

La sala comunal es amplia, con techos altos y mucho espacio para que circule el aire, aunque suele haber humedad y, con todos

nosotros pululando por ella, el ambiente se carga un tanto. Para cuando los encargados redujeron al pobre capullo, ya se había cagado encima, y os juro que en media hora el hedor había impregnado hasta el último rincón. La peste que nos dejó menguó cualquier lástima que hubiese podido inspirarnos.

No obstante, regresó. Rennet. Esto es, meses más tarde. Lo trajeron de vuelta a la sala comunal, con aspecto dócil y demacrado. Tenía el rostro chupado y brillante; su mata de cabello pelirrojo había sido reducida a un corte a cepillo militar. Parecía como si el miedo de su interior lo hubiese encogido a la mitad de su tamaño durante su ausencia. Vasquez se mostró de lo más jovial con él y le habló como si no hubiese pasado nada. Su ojo se había curado bastante bien, pero cuando Rennet lo miró fue como si solo viese cicatrices y se sumió en el desconsuelo.

Casi seguro que estáis enterados de lo que le sucedió después. No me preguntéis cómo lo consiguió, pero se las apañó para electrocutarse. Sucedió dos o tres semanas más tarde. Logró destrozar una caja de fusibles del pasillo este y conectarse a algún cable o algo. No estoy al tanto de todos los detalles. Sí que recuerdo que el ala este se quedó sin electricidad, que nos dejó unas horas a oscuras a la mayoría, mientras los encargados se ocupaban de lo que quedaba de él.

El día que Leila decidió escapar, la encargada de vigilarnos era Tully. Cuando en una de sus rondas de costumbre pasó por delante de nosotros, señaló el televisor con la punta de su bolígrafo.

—¿Qué hay en la pantalla? —preguntó—. ¿Qué es lo que veis?

Cuando se fue, Leila me propinó un codazo en las costillas.

—Se le ha olvidado quitar las noticias —dijo—. Mira.

Levanté la vista y alcancé a ver el típico montaje de estudio. Un presentador pulcro con expresión formal y los titulares en la parte inferior de la pantalla. En la otra punta de la sala, Tully se dio cuenta de su despiste y los dibujos animados tomaron el poder.

—¿Algo interesante? —pregunté. No me pareció suficiente motivo para excitarse. Un fantasma de las televisiones pasadas.

Cuando me volví hacia Leila, vi que tenía la cabeza ladeada y el ceño fruncido—. ¿Qué era? ¿Qué han dicho?

Ella dio un respingo como si la hubiera sobresaltado y me miró de nuevo.

—Algo sobre los infectados —respondió—. Que hay una banda por el sur. Moviéndose por la zona de las turbinas eólicas. Creo que a lo mejor se trataba de una advertencia, ya sabes…

Yo no lo sabía, no con exactitud, pero me lo podía imaginar. A lo mejor los noticiarios efectivamente emitían mensajes de advertencia sobre bandas de infectados igual que informaban del pronóstico del tiempo y de los niveles polínicos. Bromeé sobre el asunto:

—Se han visto infectados aquí, aquí y aquí. Abríguense bien y elijan una ruta alternativa —dije con voz de hombre del tiempo. Leila no me hizo caso y me callé, sintiéndome como un tonto—. ¿Estás bien? —pregunté, cuando tal vez ya era demasiado tarde para poder hacer algo por ella si no lo estaba.

Asintió con la cabeza, con una sonrisa valiente.

—Claro que sí, no es nada. De verdad. Nada de nada.

Si durante el tiempo que llevo en el centro he aprendido algo es que, cuando la gente insiste en que no le pasa nada, se trata de una mentira con vistas a ganar tiempo para asumir su situación. Saltaba a los ojos que algo la preocupaba, pero no quise insistir en el asunto. Leila había empezado a hablar hacía poco. Aún no había dicho ni mu en las sesiones grupales, y en absoluto me correspondía a mí presionarla más, sobre todo cuando le costaba tanto abrirse.

Una vez le había preguntado cómo se había quedado coja, y me había lanzado una mirada que presagiaba nubarrones.

«Me mordieron», respondió. Me estuvo bien empleado. Reculé.

Esta vez cerré el pico. Leila no hablaba demasiado, y cuando hablaba solía ser solo conmigo. Se trataba de un vínculo frágil, pero, a pesar de todos sus altibajos, me parecía que merecía la pena tratar de conservarlo.

Se podría decir que la dejé salirse con la suya, pero ya habría tiempo para su historia, y elegir el momento no me correspondía a mí, sino a ella.

§

Esa misma noche, horas después de que hubiesen apagado las luces, Leila se puso en contacto conmigo. Un suave toc-toc-toc desde la silenciosa habitación contigua. Me levanté de la cama, teniendo bien presente que casi seguro que Sizemore estaba escuchando todo lo que yo hacía.

Salí con sigilo al pasillo y allí estaba Leila. Con un ademán seco me indicó que la siguiese y enfiló corredor abajo, sus pies descalzos caminando silenciosos sobre el suelo de madera encerada.

A esa hora de la noche, en el comedor no había ni un alma. Leila me esperó al abrigo de una de las columnas.

—Me marcho —me dijo—. Me largo de aquí.

Aunque no me pilló por sorpresa, le pregunté por qué. Yo notaba que en ningún momento se había sentido del todo cómoda en Ironside, y creo que en cierto modo quería hacerle entender cuánto me había ayudado su presencia.

—Los infectados —respondió—. El grupo que salió en las noticias. Mostraron una fotografía. Solo se vio un instante, pero sé quiénes son. Al menos uno. El líder, supongo, el creyente. Lo reconocí. Lo reconocería en cualquier parte. Val. Se llama Val y… —Noté que, nada más decirlo, se dio cuenta de cómo había sonado—. No quiero volver con ellos, si eso es lo que estás pensando. Estoy curada. De veras. Lo estoy. Ellos pensarían que estoy… me matarían en cuanto me echaran la vista encima, lo sé. Pero quiero verlos. Comprobar que se encuentran bien, que no corren peligro. ¿Te parece una locura?

Asentí con la cabeza, sopesando la información con cuidado, como si fuese algo delicado a punto de estallar. Un rostro, un nombre. Un fantasma de su pasado de infectada del que —como

de la propia infección— no se podía librar por completo. En cierto modo la envidiaba. Curarme a mí había resultado sencillo porque para entonces me encontraba solo. No me quedaba nadie que me mantuviese bajo el influjo. ¿Habría sido distinto de haber seguido Macey aún viva?

—¿Crees que podrías traerlos aquí? —inquirí, midiendo mis palabras. Ella frunció el ceño—. ¿Crees que podríamos curarlo?, ¿a Val?

Era una estupidez, pero su cara se iluminó. Ella no necesitaba un plan con sentido, pero yo le estaba ofreciendo una excusa con más lógica detrás que la que ella se había inventado.

—¡Sí! Eso es lo que quiero hacer. Podría traerlo aquí. Podríamos conseguir que se recuperase. Como nosotros. Entre tú, yo, el doctor Awad y todos.

Pensé en Rennet, en cómo se podría detectar una recaída, pero Leila y Rennet eran como de la noche al día. Él había sido un tipo expansivo y se había quedado mudo. Leila iba en dirección contraria con un entusiasmo insólito en ella tan solo una semana atrás. A mí me parecía más un síntoma de un proceso de recuperación exitoso que una señal de advertencia de un posible fracaso. Del mismo modo que yo tenía un montón de fotografías en el bolsillo, a lo mejor Leila necesitaba ver a sus antiguos compañeros, a lo mejor ese era el elemento clave que necesitaba para permitirse a sí misma curarse del todo.

—¿En la periferia? —pregunté.

—Sí, al sur, más allá del parque forestal.

—¿En qué barrio?

Sus ojos se movían mientras me lo contaba. Yo conocía la zona. Se hallaba al otro lado del río, más allá de la línea férrea y de la zona de expansión en torno a la autopista oeste. De camino al parque eólico en lo alto de la escarpadura, cuyas turbinas se perfilaban en el horizonte como una ordenada fila de margaritas descomunales.

—Te acompaño —dije.

En sus ojos ardió una fugaz chispa de intensa ira.

—No necesito que nadie me proteja.

Recogí cable con excusas vagas, tratando de comprender por qué demonios me estaba ofreciendo a ir. Me gustaba la vida en Ironside. Me gustaba la rutina; me gustaba la compañía. Y, por encima de todo, me gustaba estar curado.

No obstante, yo llevaba aquí casi dos años y, tal como Leila había dicho la primera vez que hablamos, no tenía dónde ir.

Leila sí tenía un sitio al que ir, y yo ahora ardía en deseos de seguirla hasta allí. No estaba buscando alguien a quien proteger o salvar. Estaba buscando mi norte, estaba buscando una puerta abierta.

—Puedo cuidarme sola.

—Lo sé.

Sus defensas se vinieron abajo y sus hombros se relajaron. Esta no era una batalla que necesitase luchar.

—Entonces, mañana por la mañana —dijo.

—Mañana.